



II

### El principio de un drama.

—¡He aquí un hombre inteligente que no duda de sus ideas!— se dijo Dorsetne cuando el Marqués le hubo abandonado. Lo mismo que los socialistas de buena fe, esto me asombra siempre. ¡Qué juventud de alma hay en esta vieja máquina estropeada!

Y siguió con los ojos durante un minuto, con una mirada donde había tanta piedad como envidia, al mutilado de Patay, que se alejaba por la calle de la Propaganda. Aquella mutilación hacía resaltar más aún la delgadez del cuerpo de Montfanón, que caminaba derecho, con ese paso rápido propio de los monomaniacos. Estos siguen su idea sin ocuparse de lo que á su alrededor sucede. Sin embargo, el cuidado que había puesto en evitar el sol, atestiguaba el instinto del viejo romano que conoce el peligro de los printeros rayos de la

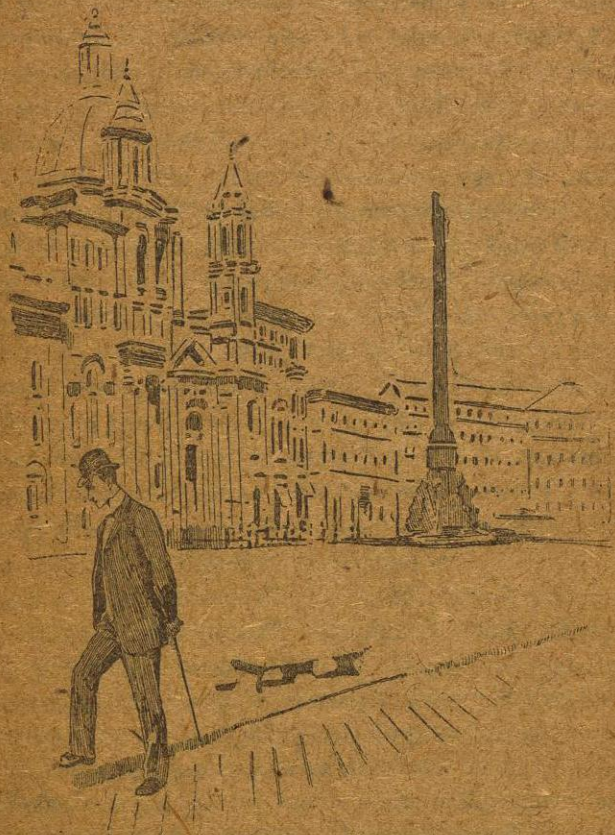
primavera en aquel cielo azul tan funesto. Un momento se detuvo Montfanón para dar limosna á uno de esos innumerables mendigos que pululan por los alrededores de la plaza de España, limosna tanto más meritoria cuanto que, teniendo su único brazo cargado con el devocionario, le fué preciso hacer un verdadero esfuerzo para buscarla en su bolsillo. Dorsenne sabía que el gentilhomme no había dicho nunca «no» al que solicitaba de él grande ó pequeño auxilio.

Gracias á este sistema, el enemigo de la hermosa Fanny Hafner se encontraba sin cesar apurado con cuarenta mil pesetas de renta y la más sencilla existencia. La compra costosa de la reliquia de Montluc probaba que la antipatía concebida por la encantadora hija del barón Justus había llegado á constituir una especie de pasión.

En otras circunstancias, el novelista, que se deleitaba con tales observaciones, hubiera meditado irónicamente sobre este matiz del alma, fácil por lo demás de explicar. En ello entraba, para mucho, más instinto irracional del que el mismo Montfanón sospechaba. El viejo conjurado no hubiera sido lógico de no haber tenido en materia de razas una severidad de inquisidor, y la sola sospecha del origen judío de la joven le hubiese ya dispuesto en contra de ella; pero si ésta fuese una judía confesada que practicase su religión con fervor, la hubiese estimado y jamás hablara de ella de tan ofensiva manera. El verdadero motivo de su antipatía estaba en que él quería al Cardenal Guerillot, como hacía todas las cosas, con pasión, con celos, y no podía perdonar á la señorita Hafner que hubiese intimado con aquel santo prelado á pesar suyo, de Montfanón, que había va-

namente prevenido al antiguo Obispo de Clermont contra la que consideraba como la más peligrosa de las intrigantes. Ella, desde hacía algunos meses, había multiplicado las pruebas de la verdad de su corazón, y el Cardenal se lo había referido al terrible Marqués; pero el testarudo personaje se obstinaba en no darla crédito, y cada nueva buena acción de su enemiga, aumentaba su odio exasperándole, aunque sintiendo, á pesar de todo, un vago sentimiento de su iniquidad. Pero apenas Dorsenne comenzó á andar en dirección al palacio de Castagna, olvidóse de la señorita Hafner y de los prejuicios de Montfanón, para pensar sólo en una de las frases que éste último había pronunciado: la que se refería al regreso de Boleslas Gorka. Preciso era que la noticia fuese inesperada y que despertase grandes preocupaciones en el escritor, pues no arrojó una mirada al escaparate del librero francés del ángulo del Corso para ver si la cifra deseada de *catorce mil* estaba al fin sobre la amarilla cubierta de su último libro, de aquella *Egloga mundana*, que publicó en otoño con un éxito que su ausencia de París desde hacía seis meses, lejos de todo corrillo, había disminuído. Tampoco pensó en hacer constar si el régimen que él practicaba, á imitación de lord Byron, contra la gordura, le conservaba la elegante silueta, que tanto le enorgullecía en su fatuidad de hombre lindo, á pesar de ser numerosos los cristales de las tiendas, en el camino que seguía para ir desde la plaza de España al palacio Castagna, el que levanta su masa sombría al borde del Tíber, en la extremidad de la vía Giulia, haciendo *pendant* al admirable palacio Sachetti, la obra maestra de Sangallo. No le divirtió á Dorsenne, como de costumbre, aquella confusión de

recuerdos que el paseo al través de las calles de Roma, despierta en la memoria de todo hombre que ha leído. Y no obstante, pasó en los veinte minutos que tardó



para llegar al sitio de su cita, por una serie de edificios donde podía encontrar siglos de historia. Primero, el vasto palacio de Borghese, el piano de Borghese, como se le ha llamado por la forma de clavicordio adoptada

por el arquitecto, monumento esplendoroso que debía dos años más tarde servir de teatro á una exposición más melancólica todavía que la del palacio Castagna, y á una ruina, no tan merecida como la del vividor cosmopolita Ardea.

Ante esta masa imponente, bautizada con el nombre del Pontífice que terminó San Pedro é inscribió sobre el frontis, al lado del príncipe de los apóstoles, su orgulloso *Paulus V. Burgesius Romanus*; ¿no se evocaba toda la Roma papal? Dorsenne no tuvo ni una distraída mirada para la suntuosa construcción, como tampoco se fijó diez minutos después en la fachada de San Luis, objeto del culto de Montfanón. Si el escritor no sentía por esta reliquia de la vieja Francia la devoción del Marqués, jamás dejaba de entrar para rezar sus devociones literarias ante la tumba de Madama Beaumont, ante aquel *Quia non sunt* del epitafio que Chateaubriand inscribió sobre la piedra de aquella tumba con más vanidad que ternura. Por la primera vez Dorsenne no pensó en ello, olvidando también divertir sus miradas con la fuente de mal gusto de la plaza Navona, de aquella plaza donde Domiciano tenía su circo y que recuerda los fastos crueles de la Roma imperial; como á dos pasos la estatua estropeada que forma el ángulo del palacio Braschi, ese Menelas que ha llegado á ser por la ironía de la suerte el Pasquín de los Pasquines, recuerda la conquista moral de Roma por los artistas helenos, y como dos pasos más aún la gran arteria del corso Víctor Emmanuel demuestra el esfuerzo del renacimiento de la Roma actual, y más allá la masa del palacio Farnesio recuerda la grandeza del arte moderno y la tragedia de las monarquías contemporáneas. ¿El

pensamiento de Miguel Angel no parece impreso en el sombrío travertín de ese inmenso sarcófago que fué el refugio del último rey de Nápoles? Pero preciso es tener el alma completamente libre para entregarse al encanto del *dilettantismo* histórico que emana de las ciudades del pasado; y aunque Julián baladroneaba, no sin motivo, de ser un hombre cuya inteligencia superaba á la emoción; aunque admirase por encima de todo la frase de aquél que pretendía no haber tenido pena de la que una hora de lectura no le hubiera consolado, no tenía su independencia de espíritu habitual durante aquella carrera á pie que le conducía hacia su *museo humano*, como había dicho pintorescamente, y volvía sin cesar á las preguntas siguientes:

—¿Boleslas Gorka ha regresado? ¡Y hace dos días que yo he visto á su mujer, que no le esperaba antes del mes próximo! Moutfanón no es, sin embargo, un alucinado. La señora Steno está realmente loca por Maitland. Anteayer en su casa, durante la comida, le miraba de un modo escandaloso. Gorka lo había ya presentido ese invierno. En cuanto al americano, ha querido en una ocasión hacer el retrato de Alba y el polonés lo he impedido. ¡Cuando Boleslas partió para Varsovia, apenas si Maitland y la Condesa se conocían, y ahora?... Si ha vuelto de este modo, es que no ignora que ha sido reemplazado. Cualquiera se lo habrá advertido; un enemigo de la Condesa, un camarada de Maitland. Entre buenos amigos esto es corriente. Poco me importa que Gorka, que tira á la pistola como Casal, mate á Maitland en duelo. Que se vengue de su querida por esta traición, me será igual aún, pues esta Catalina Steno es cualquier cosa. ¿Pero qué será de mi ami-

guita, de mi pobre y encantadora Alba, si hay un escándalo, sangre tal vez, por culpa de las locuras de su terrible madre, ella que sospecha, duda ya, y á la que causan estas ideas tanta pena? ¿Gorka aquí? ¡Y no me ha escrito á mí, á quien tantas veces lo ha hecho desde su partida; á mí, á quien el otoño último tomó por confidente de sus celos, bajo el pretexto de que yo conocía á las mujeres y con la vanidad de inspirarme! Este silencio y este reposo no aumenta la novela, pero sí el drama, y de un esclavo tan esclavo como éste todo se debe esperar. Sabrá en seguida á qué atenerse, pues él estará en el palacio Castagna. Habrá acompañado á su mujer para volver á su antigua querida una mañana más pronto. ¡Antigua querida! No. Esto está mal. ¡Pobre encantadora Alba!

No era este monólogo diferente del que en circunstancias análogas haría cualquier hombre interesado por una joven cuya madre se conducía mal. Es una situación enternecedora, pero muy común, y no era necesario que el novelista viniese á estudiarla á Roma todo un invierno y toda una primavera, con gran daño de sus ambiciones literarias. Si este interés era algo más del que produce el estudio de caracteres, Dorsenne poseía un medio muy sencillo para impedir que su amiga, como él decía, fuese desgraciada por el comportamiento de su madre. ¿Por qué no pedía su mano? Era rico y su patrimonio había aumentado con su profesión; pues desde el primer libro que había establecido su fama, aquellos *Estudios de mujeres* publicados en... 1879, ni una sola de sus quince novelas había pasado inadvertida. La celebridad personal en rigor venía de familia, pues su abuelo fué el sobrino de aquel valiente

30938

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA CENTRAL  
"ALEJANDRO VIAL"  
MONTERREY, MEXICO

general Dorsenne, que sólo con Friant pudo ser reemplazado por Napoleón. Aunque los herederos del héroe del Imperio no habían reconocido jamás este parentesco, Julián creía en él, y cuando le cumplimentaban por el éxito de sus libros, respondía de buena fe: «A mi edad, mi tío el coronel de la Guardia había hecho mejores cosas.» Esta pretensión no era necesaria para que la condesa Steno, que por efecto de su vida galante había vagamente descendido de su clase, le aceptase por yerno. En cuanto á hacerse amar de la joven, con su bello semblante, que expresaba inteligencia y finura, y su aspecto distinguido, podía indudablemente pretenderlo, á pesar de sus treinta y cinco años. Nada, sin embargo, más lejos de su mente que semejante proyecto, pues al subir la escalera del palacio habitado en otra época por Urbano VI continuaba en otros términos el monólogo proseguido durante el camino, aquella especie de copia involuntaria que el instinto escribe en el cerebro del hombre de letras que ama mucho la literatura. Toma por instantes una forma casi de redacción, y es la más marcada de las deformaciones profesionales, la más ininteligible también para los poco ilustrados que piensan vagamente y que no sufren, afortunadamente para ellos, la continua esclavitud de la palabra demasiado precisa, y de la idea demasiado consciente.

—¡Sí, pobre encantadora Alba!—se repetía—¡Qué desgracia que ese matrimonio con el hermano de la Condesa Gorka no se haya arreglado hace cuatro meses! Sería inmoral esta entrada en la familia de la mujer del amante de su madre, pero ella hubiera tenido menos ocasiones de saber nunca nada, y la combina-

ción cómoda, por la que esta madre la ha unido en amistad con esta mujer á fin de cegarles á los dos, hubiera producido algún bien. Alba sería lady Ardrahan hoy, y hubiera tomado esa fuerte resistencia inglesa que rehace la vida moral como el aire de la montaña rehace la sangre, en vez de casarla con un imbécil cualquiera de aquí ó de otra parte. Pues ella le engañará como su madre ha engañado al difunto Steno, tal vez conmigo, como recuerdo de nuestra hermosa y pura intimidad de ahora, lo que será demasiado triste. ¡Ea! No pensemos en esto. Este es el porvenir, del que nada sabemos; el presente sí que existe y reclama todos los derechos. El presente es que yo he debido á la condesa mis más finas sensaciones de Roma, esta visión de su juventud, no muy feliz en el marco de un pasado tan grande. Y todavía hay una sensación que es preciso gustar: visitar un palacio en venta con esa adorable niña, sobre la que pesa la amenaza de un drama. ¿Qué pide la *lógica*, como hubiera dicho mi amigo Beyele? Alegrarme de que la condesa Steno sea galante, pues de otro modo la casa no tendría ese tono, y jamás hubiera vivido en la familiaridad de la joven. Alegrarme de que Ardea sea un vividor loco, que haya perdido su fortuna en Bolsa y que el sindicato de sus acreedores, presidido por Ancona, haya puesto en venta este edificio. Pues sin esto ya no subiría la escalera de este palacio papal, ni miraría esos restos de sarcófagos empotrados en los muros y este jardín de un verde tan intenso. En cuanto á la vuelta de Gorka, puede haber obedecido á mil causas diferentes y en las que nada tengan que ver los celos, y por otra parte, Montfanón no está en lo cierto; Catalina es lo suficientemente lista

para engañarles á los dos, al pintor y á él. Hará creer á Maitland que recibe á Gorka á causa de la mujer de éste. Contará á Boleslas que sólo habla á Maitland platónicamente, disertando sobre los méritos comparados de Rafael y de Perugin. Y yo sería más tonto que ellos perdiendo la ocasión de esta visita. No se ve todos los días vender la hacienda del último sobrino de un Papa como si se tratase de un simple bohemio.



Estas reflexiones parecían más propias de Dorsenne que las primeras, y más adecuadas á la especie de *diletantismo* razonado del que había el escritor hecho á

Montfanón una atenuada confesión y que le hacía frecuentemente el más inexplicable de los hombres hasta para sus mejores amigos. Aquel joven de grandes ojos negros y brillantes, de delicadas facciones, de un tinte aceitunado propio de monje español consumido por el ascetismo, no había tenido más que una pasión demasiado excepcional para no desconcertar al observador ordinario, y desarrollada en un sentido tan singular que debía revestir las más bellas apariencias de una actitud casi ultrajante, ó las de un abominable egoísmo y una corrupción profunda. Dorsenne lo había dicho sinceramente: le gustaba comprender por comprender, como al jugador le gusta jugar, y al avaro amontonar oro, y al ambicioso escalar altos puestos. Había en él ese apetito, ese gusto, esa manía de las ideas que hace el sabio y el filósofo.

Pero era un filósofo unido á un artista por un capricho de la naturaleza, y por el de la fortuna y el de la educación, á un hombre de mundo y á un viajero. Las especulaciones abstractas del metafísico no le hubiesen bastado, como tampoco la creación continua, bulliciosa y sencilla del cuentista que relata para divertirse con su imaginación poderosa, como tampoco el ardor medio animal del hombre de placer que se abandona al frenesí del vicio. Había inventado un lazo de unión entre sus tendencias contradictorias, que formulaba de una manera ligeramente pedantesca, al decir que su único objeto era «intelectualizar las sensaciones vivas». En términos más claros, soñaba con experimentar el mayor número posible de las impresiones que la existencia humana puede dar, y analizarlas después de haberlas experimentado. Con razón ó sin ella, creía dedu-